

La Medicina y la Beneficencia en el barrio de Chamberí

Doctor JOSE ALVAREZ-SIERRA

Del Instituto de Estudios Madrileños. MADRID.
De la Asociación de Escritores Médicos.

EL madrileño barrio de Chamberí, no obstante lo moderno de su desenvolvimiento, tiene una brillante historia en lo que se refiere al aspecto benéfico y asistencial, habiendo sido también uno de los primeros que disfrutaron en la capital de España de los adelantos del urbanismo. Bien es cierto que por tratarse de calles y plazas de nueva construcción sobre tierras de labranza, desmontes y superficies no cubiertas con anterioridad de viviendas, fué fácil en el trazado de manzanas y edificación de inmuebles, seguir las normas de la arquitectura e ingeniería sanitarias. Hagamos excepción de algunas humildes casas levantadas en la parte alta del barrio, más allá de la actual calle del General Sanjurjo, y que hace unos años constituían un núcleo entre las de Morejón, Medellín, Virtudes y Alonso Cano y a la derecha de lo que se llamaba callejón del Zarzal. Por otra parte, la proximidad del depósito de las aguas y el interés del famoso estadista don Juan Bravo Murillo en rodearle de un ambiente de arbolado y avenidas espléndidas, contribuyó al engrandecimiento de este sector de la urbe.

Hay un período interesante en la historia de Madrid: aquel en que, con motivo de las enfermedades epidémicas: cólera, dengue y gripe, que azotaron nuestra capital en 1886, 1890, 1893, etc., más las de viruela y escarlatina de 1896 y 1897, se creó una situación difícil en los hogares humildes de jornaleros y obreros manuales. Los antiguos médicos de barrio, que cobraban a peseta por visita, y que al llegar la noche contaban el número de éstas por el de monedas de cuatro reales que llevaban en el bolsillo, habían subido los honorarios a medio duro, y cuando se acumulaban las asistencias de una forma larga les era casi imposible hacerlas efectivas.

Por si fuese poco, clausurados los cementerios generales de la puerta de Fuencarral, en la Glorietta de Quevedo, y el del Sur, en el puente de Toledo, se prohibió trasladar los cadáveres a hombros al nuevo cementerio del Este, que primero se denominó Campo Santo de Epidemias, improvisado cuando el cólera de 1885. Para salvar estos riesgos y dificultades, en los casos de enfermedad y muerte, nacieron las primeras sociedades benéficas de médico, botica y entierro, en las que los servicios facultativos eran tan defectuosos, que el tercero, o sea el entierro, parecía la lógica consecuencia de los otros dos. Por fortuna, aquellas primeras entidades, igualatorias y mutualidades que se llamaron La Positiva, La Esperanza, El Buen Orden, La Legalidad, El Progreso, etc., sirvieron de iniciativa

para que se formasen otras, que cada vez fueron perfeccionándose más; una de éstas fué La Equitativa de Madrid, fundada en una botica de la calle de Calatrava por la viuda del farmacéutico Labiaga y el doctor don José García de la Serrana. Esta Sociedad, después de una afortunada experiencia en los distritos de La Latina, Inclusa y Hospital, acordó extenderse por el de Chamberí, designando como primeros facultativos a los doctores don Francisco Javier Aingúa, don José Mingo, don Leopoldo Queipo y don José Gómez Jover, que llevaron a cabo una labor interesante dentro de los escasos medios de que disponían. A mediados del siglo pasado, en la calle de Santa Feliciano, se abrió una farmacia, que también contribuyó a modernizar las asistencias médicas y farmacéuticas de la barriada. A principios de la presente centuria, un hijo de este farmacéutico, el actual doctor Estévanez, termina brillantemente la carrera de Medicina y se lanza a un apostolado facultativo, ejerciendo su profesión con gran altura científica y orientándola en el sentido de la educación higiénico-sanitaria. Otra institución que contribuye al mejoramiento sanitario de Chamberí es la construcción de la Casa de Socorro, a la entrada del paseo del Cisne.

Al inaugurarse, en 1853, la parroquia de Santa Teresa y Santa Isabel, como filial de la de San José, en una humilde capilla de la calle del Castillo, su primer capellán, don Miguel Martínez Sanz, y después el primer párroco, don Manuel Jumiel, se preocuparon por el problema de los pobres de la feligresía en su situación de enfermedad e indigencia, y organizaron un dispensario médico, cuyo primer director fué el doctor Viñals. Este dispensario funcionó como dependiente de la llamada Hospitalidad Domiciliaria. Sabido es que la Junta Municipal de Beneficencia estableció desde tiempos de Fernando VII en cada una de las parroquias de Madrid otra junta particular, llamada parroquial, a la cual pertenecía como presidente el cura propio, y por este medio se dispensaba a los vecinos necesitados muchos socorros que les libraba de implorar la conmiseración pública.

Un hospital enclavado en el barrio de Chamberí y que ha prestado grandes servicios de caridad y de ciencia es el Homeopático de San José, en la calle de Eloy Gonzalo. Aun cuando creado para emplear el sistema de Hanneman, en tiempos que estaba de moda, su fundador, el doctor Núñez, reunió un buen cuerpo de galenos eclécticos, y estableciendo el derecho de asilo, todo el que llegaba a sus puertas era atendido con el sistema homeopático, pero, además, con todas cuantas medicaciones

de otros métodos terapéuticos fuesen necesarias.

Un poco más alejado estaba el Hospital de la Princesa, que también contribuyó poderosamente a enjugar lágrimas y atender graves dolencias de los chamberileros. Cuando la catástrofe del tercer depósito de las aguas, el Hospital de la Princesa, en un lapso de pocas horas, tuvo que atender un centenar de heridos, improvisando en los pasillos salas de cura, teniendo que operar algunos casos sobre las camas, por estar abarrotados los quirófanos, y, sin embargo, ninguna de aquellas curas se infectó.

En los primeros años del presente siglo nacieron en Chamberí varias instituciones benéficas interesantes: el Hospital Rojas para convalecientes, en la calle de Abascal, dirigido por el doctor Grinda; el Asilo de Huérfanos, de la calle de Alburquerque; el de Porta Coeli, en la calle de García de Paredes; el Instituto Oftálmico, en la del General Goded, y el Asilo de las Hermanitas de los Pobres, en la calle de Almagro.

El escaso número de datos que sobre el barrio de Chamberí consignan los libros de Fernández de los Ríos, Madoz, Mesonero Romanos, Hilario Peñasco, Carlos Cambroner, etc., justifica el hecho de que, por lo general, sean tan contradictorios los antecedentes históricos que existen respecto a este castizo y simpático distrito. Hágase excepción de los trabajos de Répide, Castañeda, Velasco Zazo, San José y algún otro, que, por no ser de segunda mano, sino de fuentes directas, muchas veces evocación de recuerdo de los años de niñez y juventud, resultan en extremo interesantes.

Tiene excepcional importancia en los anales de la villa el distrito chamberilero, por haber sido iniciador de la expansión de la urbe hacia los barrios altos, contribuyendo a su saneamiento y mejoría en las características de la higiene pública. Tan cierto es esto de sus buenas condiciones de salubridad que cuando el cólera de 1886 en su demarcación apenas se produjeron óbitos, siendo mínimas las cifras de morbilidad y mortalidad. Igual ocurrió cuando el dengue de 1890, gripe de 1891, viruela de 1895, tifus de 1901 y 1909 y en la epidemia gripal de 1918, que muchos de los médicos actuales presenciamos y asistimos. Haciendo un estudio comparativo entre la enfermería habitual que tenían a su cargo los facultativos de Casas de Socorro y entidades de asistencia pública en las dos zonas, norte y sur de Madrid, se aprecian claramente que en los distritos de la Inclusa, Hospital y Latina vino a ser casi doble que en los de Universidad, Cuatro Caminos y Chamberí.

Se ha dicho que la formación de sus calles y manzanas se realizó por el sistema lógico de expansionar la ciudad, excéntricamente, del centro a la periferia; pero, en realidad, no fué así, pues fundado el barrio en un núcleo aislado separado e independiente, a gran distancia de la Puerta del Sol, con posesiones de recreo, paseos de rico arbolado, fincas rodeadas de huertas y jardines, era como un pueblo a extramuros, análogo a los de Maudes, Chamartín y Carabanchel. Al hacerse el ensanche de nuestra capital por el derribo de las tapias de los pozos de la nieve, uniendo la carretera Mala de Francia con la prolongación de la calle de Fuencarral, dirigiéndose hacia arriba por la calle de Luchana, entre los desmontes de Santa Bárbara, se convirtió también en calle el paseo de Santa Engracia con otras que exigieron para regularizar las rasantes, y se dió vida al paseo de la Habana.

La calle de la Habana, hoy de Eloy Gonzalo, y

su continuación de Martínez Campos, fué el eje inicial del barrio de Chamberí, paseo que se llamaba *Novelesco*, nombre muy en carácter para aquellos tiempos del romanticismo, con aventuras que se contaban ocurridas en sus alamedas, lances de honor zanjados en aquellas posesiones y lugares solitarios, donde al atardecer se daban cita las parejas amorosas. Daba vuelta a la alameda del Huevo, hoy Almagro, donde una reina evocaba nostalgias sentimentales.

El nombre de Chamberí proviene de la semejanza que a estas afueras de Madrid y su fondo lejano del Guadarrama encontraba María Luisa de Saboya, primera mujer de Felipe V, con la capital de su país al pie de los Alpes. Luego, la actual calle de García Morato fué el camino favorito de Doña Bárbara de Braganza cuando salía desde su fundación de las Salesas a distraerse por la campaña.

El núcleo primitivo del poblado de Chamberí fué un humilde caserío llamado los Tejares, que se hallaba donde actualmente la plaza de Olavide. Y el primer edificio notable, la Casa de las Columnas, posesión de recreo del marqués de Santiago, que estaba en la plaza Vieja, en el lugar donde hoy se halla la Tenencia de Alcaldía del distrito. Esta quinta, donde en el siglo XVIII, según Pedro de Répide, se celebraron algunos de los escandalosos bailes de la Bella-Unión, perteneció, en 1808, a don Satorio Angel de Velasco, y en ella pernoctó Napoleón viniendo de Chamartín. Próxima estaba una modesta iglesuca, la primera iglesia de Chamberí, a cuya puerta, en la madrugada del 28 de junio de 1854, dejó el general O'Donnell el coche que conducía al marqués de la Vega de Armijo cuando la sublevación del general Dulce en el Campo de Guardias, precursora de la vicalvarada.

Vergel florido y alegre fué en un principio la zona de Chamberí, y mientras en el centro de la capital se talaban árboles, allí ofrecían sombra y frescor varias magníficas avenidas de álamos, acacias y tilos: la de la fuente del Cisne a Chamberí, con cuatro filas de árboles; la carretera de Hortaleza, desde Santa Bárbara a la fuente Castellana; el paseo Novalesco, desde la Castellana a la glorieta de los Cementerios (hoy Quevedo); la del portillo de Santa Bárbara a la iglesia de Chamberí (actual calle de García Morato), que tenía tres paseos; la de la puerta de Bilbao con ramales a Chamberí (hoy Luchana); camino de Francia (hoy final de la calle de Fuencarral), y el de Ronda, que terminaba en la puerta de los Pozos (donde hoy es Carranza).

Madoz, en su *Diccionario*, afirma que Chamberí, según dictamen de los más ilustres facultativos, gozó siempre de clima enteramente distinto al de la capital, pues no se padecía ninguna de las enfermedades comunes a aquella. Entre la multitud de casas de recreo con sus jardines estaban las de la marquesa de Bañolas, conde Vegamar, don Andrés Arango, don José Sacristán y otros. Después este carácter de barrio señorial se transformó en núcleo de viviendas para la mesocracia y selecta artesanía.

La primera mansión aristocrática de este sector matritense fué la casa de campo del infante Don Tello, hijo bastardo de Alfonso XI, situado no lejos de la ermita de Santa Bárbara, por donde hoy está la plaza de Alonso Martínez, que luego quedó abandonada, y que en la peste de 1438 se utilizó como hospital de aislamiento por conceptuarse como el sitio más ventilado y sano de la villa.

Inaugurado, el 1 de noviembre de 1856, el edificio definitivo de la parroquia de Chamberí, se designó como párroco al Padre Bocos, al que sucedieron los señores Garamendi, García Gutiérrez y Cerrada. En la actualidad desempeña el cargo, tras reñidas oposiciones, el sabio teólogo don Luis García Soria, a quien se deben las magníficas obras

de reconstrucción del nuevo templo. A fines del pasado siglo, en 1899, se estableció la Congregación de Nuestra Señora del Carmen, dando origen, en julio del año siguiente, a su castiza verbena, a la que concurrió más de una vez Don Alfonso XIII, acompañado del general Silvestre y del marqués de la Torrecilla.

